

POR LA DESLEGITIMACIÓN RADICAL DEL TERRORISMO

Amigas y amigos, señoras y señores, buenos días a todos, egunon guztioi.

Quiero agradecer a la Dirección de Atención a Víctimas del terrorismo la oportunidad que me brinda para estar hoy aquí con todos ustedes, en este II Acto Institucional de Homenaje y Reconocimiento a las Víctimas del terrorismo, para transmitirles mi testimonio y mi mensaje –que sólo me representa a mí mismo- por la deslegitimación radical del terrorismo.

Quiero por unos instantes trasladarles hasta el 23 de octubre de 1980. Ese día llovía en Donostia. Mi padre, Juan Manuel García Cordero, donostiarra de 53 años, delegado provincial de Telefónica en Gipuzkoa, me insistió en que estaba dispuesto a llevarme a clase en coche. Yo, apasionado de la bicicleta, le respondí amablemente que no, que la bici también era mi medio de transporte en días de lluvia. Dicho y hecho: cada uno por su lado. Él a su trabajo en coche y yo, minutos después, a clase en bici.

A las pocas horas mi hermano mayor fue a buscarme a clase. Algo raro pasaba. Mi padre, hombre sistemático y de rutinas diarias, no había llegado a su trabajo y, desde allí, habían llamado extrañados a casa. Y ahí empezó la vorágine.

Unos terroristas de los autodenominados Comandos Autónomos Anticapitalistas –una escisión de ETA- secuestraron a mi padre a la salida de casa, lo metieron en su propio coche, lo condujeron al monte Ulía –muy cerca de aquí- y lo asesinaron disparándole un tiro en la nuca. Su macabra contribución al movimiento de liberación nacional vasco se resumió en una viuda y siete huérfanos.

Han pasado ya más de 27 años del asesinato de mi padre y hay un pensamiento que me persigue todavía hoy: ¿hubiese podido al menos retrasar el asesinato de mi padre si hubiese aceptado ir en coche con él? Mil veces he pensado que sus asesinos se hubiesen echado atrás al verle acompañado de su hijo y que mi padre, al menos, habría vivido algunos días más.

Han pasado ya más de 27 años del asesinato de mi padre y todavía siguen insoportablemente produciéndose víctimas del terrorismo. La última, esta misma semana, la sangre inocente de Juan Manuel Piñuel, esposo y padre de familia.

Han pasado ya más de 27 años desde el asesinato de mi padre y todavía hay que seguir manifestándose periódicamente en la calle para reivindicar el derecho a la vida y a la libertad.

Han pasado 27 años desde el asesinato de mi padre y todavía algunos piensan que la sociedad vasca no debe nada a las víctimas del terrorismo, ya que bastante sería, como sociedad, cargar con el estigma del terrorismo. Yo, en cambio, sí creo que la sociedad vasca nos debe algo. Tantos años de haber sido ignorados y marginados, cuando no estigmatizados, necesitan, en mi opinión los siguientes dos compromisos:

- En primer lugar, el compromiso prioritario y activo de la sociedad vasca, liderada por sus representantes políticos, de deslegitimar socialmente el terrorismo. Y, permítanme, creo que en la vanguardia de este liderazgo no deben existir las fisuras que observo en la clase política. Ni tampoco deberían existir las que, a mi juicio son, determinadas incoherencias de nuestros gobernantes entre lo que se piensa y lo que se dice, entre lo que se dice y lo que se hace. Aunque decreciente, creo que todavía existe un cierto

complejo en el mundo nacionalista y en el de determinados sectores de la izquierda por reconocer que, entre víctima y asesino, la razón y la verdad no están precisamente en el medio. Estas incoherencias no hacen sino debilitar la lucha por la deslegitimación del terrorismo. En relación con las víctimas del terrorismo, la política de partido nos separa. Los sentimientos y la ética, en cambio, nos unen. Sobre este tema, tengan por tanto más en cuenta los sentimientos y la ética que la política de partido para que su condena y su solidaridad, que yo creo sincera en lo personal, resulte más creíble. No pierdan nunca de vista que todas las víctimas del terrorismo, las de antes y después de la Constitución y el Estatuto, han sido asesinadas en nombre del pueblo vasco. Y hay que decir claramente que, error tras error y horror tras horror, eso no ha servido absolutamente para nada más que para sembrar dolor y destrucción. Y esos son malos cimientos para construir cualquier cosa. Tal vez por eso, algunos han comenzado –por fin- a recorrer un camino de cuestionamiento del terrorismo. Algunos no cuestionan su legitimidad, sino que lo critican tan sólo desde la óptica estrictamente utilitarista. Otros, afortunadamente cada vez más, van avanzando en el compromiso ético y la solidaridad humana. ¡Adelante! Como dijo Lourdes Oñederra, pierdan los miedos (miedo a la ruptura, a perder la identidad, miedo a que el euskera se quede sin defensores, etc.), miedos que no les han dejado ver el gran Miedo de las víctimas. Necesitamos ahora que este compromiso ético y la deslegitimación del terrorismo vengán acompañados mediante políticas **INEQUÍVOCAS** frente a quienes justifican su perpetuación, frente a quienes nos consideran víctimas, sí, pero también “daños colaterales” de la existencia de un conflicto político previo que hay que resolver.

- El segundo compromiso que reclamo es el compromiso activo de la sociedad vasca, de todos y cada uno de sus ciudadanos, de no caer en la trampa, de no olvidar. No olvidar nunca que con las víctimas del terrorismo existe una situación de injusticia permanente, porque hemos perdido algo que nunca se nos podrá reparar. El borrón y cuenta nueva cerrará las heridas en falso, será una base podrida. Para construir el futuro en sociedad, no podemos vivir como si algunas cosas no hubieran ocurrido, o como si su existencia no hubiese tenido nada que ver con nosotros. Después de años de ocultamiento y olvido, parece ser que, para nuestra vergüenza como sociedad, las víctimas del terrorismo somos en Euskadi todavía un tema tabú en asuntos tan importantes como el de la educación por la paz. Hablamos normalmente de lo que ocurre en el Sahara o en Colombia, pero paradójicamente no nos atrevemos a hablar de lo que sucede en nuestra propia casa. Nuestro punto de vista también forma parte de la realidad. Permitirnos reivindicar justicia y prestar testimonio libre sobre estos temas en Euskadi, por ejemplo en las aulas, puede resultar sumamente instructivo para las generaciones futuras, además de servir para el reconocimiento social que como víctimas merecemos.

Creo que a las víctimas del terrorismo nos une un firme compromiso por conseguir que no se otorgue legitimidad ni concesiones políticas a quienes únicamente han aportado muerte y destrucción. Es imprescindible no justificar la violencia como herramienta política, ya que sólo de esta manera afianzaremos las bases de una sólida democracia. Tenemos, por tanto, que conseguir que el discurso de deslegitimación radical de la violencia tenga mayor presencia y consiga empapar profundamente las mentalidades y las actitudes de la ciudadanía y de todas las instancias políticas. Y tenemos que conseguir que esta tarea se desarrolle desde el respeto escrupuloso a los derechos humanos y al Estado de Derecho, porque, como dijo una víctima, “no basta con tener la razón. No vale todo, ni siquiera cuando se lleva la razón”.

Por lo demás, no creo que las víctimas del terrorismo seamos más o menos que nadie, ni que estemos legitimados para pedir un plus o tener un voto de calidad. Ser atendidas en lo asistencial y tenidas en cuenta en lo social no significa capacidad para dictar, por ejemplo, por dónde deba caminar la política antiterrorista. Y mucho menos

aún, como constato con preocupación, ser utilizadas como argumento en la contienda electoral.

En este acto, que se celebra por mandato del Parlamento Vasco, la máxima institución que representa a la sociedad vasca, quiero concluir diciendo que creo que nunca se agradecerá lo suficiente que las víctimas del terrorismo no hayamos reaccionado contra nuestros agresores agitando un proceso de enfrentamiento civil. Nuestra reacción ha sido ejemplar y serena. Estoy involucrado, por honor y dignidad personal y como vasco, en que mis hijas, Leire y Nerea, crezcan sin odio ni rencor por estos temas. Esa es mi mayor contribución a la paz de este pueblo.

Bihotzez, eskerrik asko.

Iñaki García Arrizabalaga

II Acto Institucional de Homenaje y Reconocimiento a las Víctimas del terrorismo
Donostia-San Sebastián, 18 de mayo de 2008